

José Bergamín y Victoria Ocampo

Cartas abiertas

Reproducimos de la revista *Sur* de Buenos Aires, que dirige la distinguida escritora Victoria Ocampo, la violenta carta de José Bergamín contra el Dr. Marañón. Igualmente reproducimos la respuesta de Victoria Ocampo. La carta de Bergamín la consideramos un documento de interés, en el cual se refleja por manera clarísima la profunda y acaso definitiva escisión que la tragedia española ha determinado en los hombres de letras. José Bergamín, escritor católico de los más destacados, dirigía la revista *Cruz y Raya*. Al estallar la revolución se puso al lado del Gobierno. La revista *Atenea* reproduce estos documentos, fiel a su principio de mantener a sus numerosos y selectos lectores al corriente de los principales acontecimientos de carácter intelectual que suscitan las reacciones y luchas del momento en los hombres de pensamiento. Como quiera que sea Marañón tiene una personalidad definida en las letras españolas.

DE JOSE BERGAMIN A VICTORIA OCAMPO



VE llega aquí, y ahora, la noticia de la hospitalidad por usted ofrecida en Buenos Aires al desbaratado doctor Marañón, el más que médico o curandero de su deshonra, traficante de ella. No puedo entender cómo, usted, con la

responsabilidad moral que la dirección de su revista y su personalidad tan significada, le exigía, ha podido tener ese gesto, creyendo amparar con una aparente, falsa generosidad quijotesca, que usted acaso considera valerosa, la cobardía de ese renegado de todo; rechazado por todos aquéllos que en estos momentos decisivos sienten su sensibilidad herida por el escándalo vergonzoso de su conducta. No puede haber piedad ni defensa para el criminal, mientras esté perpetrando su delito. Sólo puede haber decisión noble y valerosa en impedirselo. Usted con su equivocada y equívoca protección se hace cómplice suyo y enemigo nuestro. Enemigo del pueblo español. Enemigo de España. Porque el delito de lesa patria que ese Marañón va explotando remunerativamente por el mundo, es un crimen en constante perpetración. Y es indigno de usted, por la inconsecuencia moral que supone con su propia conducta y por el inevitable contagio envilecedor de compartirlo con Marañón, al ampararle, haberse convertido en escudo o pantalla de tan innoble causa. O caso. Porque ya hay el caso Marañón, que debe ser tratado asépticamente. Por higiene moral y mental—sentimental incluso—que nos impide besar las pústulas en vez de sanarlas; que nos prohíbe agravar su infección obscura con la turbia voluptuosidad repulsiva de unos labios que pretenden ser amorosos. No se puede, señora, coquetear con la mentira, ni aun por «snobismo» ante la muerte. La frivolidad, en ese caso, es mortal; y aunque sea nostalgia de bellezas juveniles pasadas, es fea

y delictiva; es más fea y gravemente delictiva por eso, porque ofrece su apoyo o asidero voluptuosamente repugnante al mismo crimen.

Y aquí, y ahora, como le digo, el crimen de que ese traficante Marañón se ha hecho cómplice y propagandista, nos entra por los ojos a todas horas; clama al cielo, en verdaderos arroyos sangrientos. Es mudo grito. Y no es ésta, imagen liberal o libertaria. Los arroyos de sangre inocente corren por las calles de nuestra capital española, materialmente. Aun tengo, mientras le escribo, la imagen imborrable ante mis ojos de esa sangre reciente. Que mis pies tienen que eludir, para no pisarla. Aun pasan ante mí los cuerpecitos infantiles destrozados; el llanto de las madres desesperadas; y toda la suprema serenidad en el dolor de este pueblo nuestro que cubre su martirio como aquella virgen cristiana de Cartago, tapando sus miembros, recogiendo su pelo para no tener, ante la muerte, un gesto exagerado y falso de melodramatismo doloroso, sino sólo la pura sencillez humana del que expresa la verdad claramente; del que no pone nada de su parte, para no enturbiar la pureza terrible de su testimonio. Así es mártir nuestro pueblo en Madrid, ante los que con bárbara crueldad incomprensible, pretenden, vanamente, aterrorizarle; consiguiendo tan sólo afianzar más y mejor, cada día, su fortaleza y su templanza. Este pueblo español en Madrid, es el que, como quería Heráclito, está defendiendo su ley como sus murallas.

Y en este Madrid, cada vez más vivo y verdadero,

me ha llegado, como le digo, esa noticia de su aparente apoyo a quien tan cobardemente nos traiciona. No comprendo su gesto. No quiero comprenderlo, porque no quiero condenar en su nombre, Victoria Ocampo, los vicios innobles de toda una simulación intelectual senil, reducida al macabro esqueleto danzante de ese trasnochado «snobismo»; trágico y estúpido «snobismo»; aquél que se regodea ante su propia imagen envilecida como la de la viciosa vejez mortal ante el espejo en el famoso capricho goyesco: «Hasta la muerte».

No quiero, no puedo suponer en usted tan tremenda inconsciencia e ignorancia. Que llega hasta mí todavía más entorpecida al suponerla complicada con el tráfico de quien la mantiene, a costa como le decía, de su propia vergüenza y engaño. Aun debe resonar en esa América española, tan nuestra como suyos somos nosotros, la voz de ese impostor indigno. El que todavía aquí en Madrid a mediados de octubre último, os enviaba estas palabras: «mi deber de español es quedarme en España». Y a todos respondía con aparente altivez, que ahora comprendemos sospechosa, que no se marcharía de Madrid nunca. Esas palabras son las que debió usted, Victoria Ocampo, como otros auténticos americanos, escupirle al rostro. Y no olvidarlas con extraña complacencia—también me dicen que remunerativa—como las que suelen tener ciertas mujeres por las actividades marañonescas, más o menos pseudo-científicas, conocidas con nombre peor que el que las designa como práctica habitual de la tercería. ¿La

tercera bandera? Tercería, en nuestra dramática y discordante España, sólo ese mercachifle del deshonor pudo tenerla, consecuente con su conducta.

Y no más. Que ya basta. Mi deber de español era decirle esta verdad tan dura, claramente. Porque nuestro deber español, aquí y donde sea, es estar como estamos, con nuestro pueblo; luchando por su libertad e independencia: que eso, estar con él en su lucha, en su defensa, es quedarse en España, para siempre; dondequiera que estemos, o vayamos, con este fin, honrados por su nombre, hasta la muerte.

Le saluda respetuosamente. (Firmado): JOSE BERGAMIN.

Madrid, 23 de abril de 1937.

DE VICTORIA OCAMPO A JOSE BERGAMIN

Comprendo su carta, José Bergamín. Pero al comprenderla dejo de comprenderlo a usted, porque se desvanece la imagen que de usted tenía. Por eso quisiera no comprenderla, del mismo modo que quisiera usted no comprender el gesto que, ante sus ojos, me envilece.

Me habían hablado de usted como de un grande y auténtico católico (y de esa clase de católicos sólo he tenido la fortuna de conocer a dos). Vale decir que me habían hablado de usted como de un verdadero cristiano (éste el término que me conmueve). Yo creía y creo aún, y seguiré creyendo que todo cristiano

digno de serlo debía odiar al pecado y no al pecador. Y eso no es lo que se desprende de su carta, José Bergamín.

¿Se figura usted que el tono de esa carta y el estado de ánimo que revela son cristianos? ¿Se figura usted que con ese tono se llega a obrar milagros, es decir, a hacer reflexionar a las gentes sobre sus errores o sus crímenes (¿y quien de nosotros está salvo de caer en un error, de cometer un crimen?). ¿O no es esto lo que usted persigue?

Para contestar a su carta he tenido que dejar pasar horas y horas. He tenido que dejar pasar horas y horas, porque no quiero ceder a la tentación de hablarle a usted en la misma tesitura que usted a mí. Usted tiene, para emplear esa tesitura, una disculpa que yo no tendría. Usted está pasando por una tremenda crisis. Usted está sufriendo en una forma que yo no conozco. A usted le están torturando las torturas que padece España, que padece el pueblo español. Por más que yo trate de imaginarlas, por más que me angustien a mí también, no las siento en carne viva como usted. Y el que no siente estas cosas en carne viva no las conoce de verdad. Yo sé, por ejemplo, que no puedo hablar del hambre, del frío, de la miseria, porque es mi inteligencia y no mi carne quien los conoce. Y aunque lo que uno imagina y lo que sufre al imaginarlo supera a veces a la realidad, no hay nada que supla a la experiencia, al soportar desde dentro, y no desde fuera, un castigo injusto o una crueldad.

Todas estas razones hacen que yo no pueda guardarle rencor por lo que su «deber de español» (según usted) le impulsa a escribirme. Algún día su «deber de cristiano» (si es que usted sigue siéndolo) le obligará a agregarle una postdata—aunque sea mental—a esa carta y yo puedo esperarla todo el tiempo que haga falta.

Su amigo Jacques Maritain dijo en «Sur», a propósito de la revolución española: «Una vez desencadenada la desgracia sólo quedan cuestiones individuales, que dependen de la posición moral y de la perspectiva propia de cada uno, y a las que sería injusto dar respuesta universal. En tales momentos cada cual va en la noche adonde su conciencia le lleva. Puedo imaginar lo que personalmente habría deseado hacer en semejante caso y por qué motivos; pero no podría juzgar la conciencia de Unamuno, ni la de Bergamín».

Hago más estas palabras. Las hago más, porque reflejan exactamente mi sentir en este caso particular y con ellas contesto a parte de su carta.

Precisamente porque soy una americana auténtica no siento la necesidad de escupir al rostro de ningún español destrozado (¿y qué español que algo valga no lo está?), como tampoco siento la necesidad de matar al que no opina como yo para convencerle de que estoy en lo cierto. Quiera Dios que sea siempre ésta la auténtica americanidad y que el destino no nos lleve, algún día, al callejón sin salida de la violencia.

Dice usted que me he vuelto enemiga del pueblo español, enemiga de España. De toda su carta es lo único que me importa contestar; porque si usted, con su inteligencia y cultura, me interpreta así, ¿qué no podrán interpretar los que por ser menos dotados que usted tienen derecho a equivocarse?

No entiendo nada de política. Las guerras o revoluciones, las matanzas, en una palabra, me horrorizan y nunca admitiré que sean una manera de resolver problemas de ningún orden, quizá porque nosotras las mujeres estamos acostumbradas en tiempos de paz y de guerra a arriesgar nuestra vida; pero para dar vida y no muerte. Por eso la sangre que derraman los hombres es más nuestra que la nuestra.

En julio de 1935, a propósito del diario de Gide escribía yo en «Sur»: «Es difícil vivir y trabajar intelectualmente en un país en que las jerarquías están falseadas, en un país en que existen poco y mal (el paraíso es jerárquico, aunque le moleste a Lucifer); en un país en que, por consiguiente, nadie está en su lugar. Es lo que hoy ocurre hasta en los países más civilizados (¿o tendría que decir cultos?). Y el terrible estado de náusea del mundo actual ¿no proviene de la intoxicación que ese extremo desorden produce? En todo caso, la necesidad de establecer jerarquías se hace sentir en todos los dominios y da origen a gestos más o menos violentos y torpes.

«Estoy contra la igualdad y contra la nivelación. La primera vez que publiqué un artículo, hace quince

años, fué para tratar de decirlo. Pero estoy contra los privilegios, los favoritismos, contra todo lo que Gide atribuye, con razón o sin ella, a errores del capitalismo, al que está ligado todavía nuestro mundo occidental y que lo arrastra a la ruina.

«Es en este mundo donde yo he nacido, del lado de los privilegios, del lado de los favoritismos; pero a medida que los desenmascaro los abomino, y a medida que me vuelvo consciente de ellos, los repudio.

«No me ilusiono pensando hacer progresos rápidos en este camino.

«Cuando digo que estoy contra la igualdad, me expreso sin exactitud. ¿Cómo se puede estar contra lo que no existe? Los hombres son desiguales. Hasta creo que ni siglos de esfuerzos llegarían a nivelarlos. Por suerte. ¡Cuánto menos hermosa sería la naturaleza si todas las flores tuvieran la misma forma, todos los árboles las mismas hojas y todos los verdes el mismo tono!

«Puedo decir, en cambio, que estoy contra la desigualdad artificial. Creo que esa desigualdad empobrece, debilita a la humanidad, incluso a los que están del lado de los privilegios.

«Encontrar un orden que corrija tal situación, y una disciplina para vivir bien en él, es cosa que deseo con ardor. Me hace tanta falta moralmente, como materialmente a los desheredados de la tierra».

Esto es lo que escribía en julio de 1935 y lo que repito, hoy día, en mayo de 1937.

Pero al repetirlo ahora, y dado el sesgo que las cosas toman en el mundo, tengo todavía que explicarme sobre la igualdad. Siento ahora la necesidad de insistir en que, cuando hablo de la desigualdad como cosa natural, innegable y conveniente, para nada me refiero al concepto político de la palabra, pues en el orden político nunca podría yo defender bastante la igualdad. Por eso, entre otras cosas, manifesté, desde el primer momento, cuál era mi posición en la cuestión de España.

¿Se figura usted que pensando así pueda ser enemiga del pueblo español? ¿Enemiga de un pueblo y de una tierra de donde salieron todos los de mi sangre, todos los que viven aún en ella? Créame, José Bergamín, si en algo ha cambiado la sangre española en el continente americano, no es perdiendo densidad, no es dejando de ser sangre.

Lucha usted hoy, en su España, por la masa de los hombres que sólo conocen miseria, servidumbre y opresión. Está usted contra la explotación del hombre por el hombre. Sé muy bien lo que un ideal de esa categoría significa en momentos como los presentes.

Sé muy bien los sacrificios que implica. Pero, ¿se le ha ocurrido a usted jamás el pensar que ha existido y existe aún en el mundo otra explotación más odiosa

que ésta: la de la mujer por el hombre? Me refiero a la posición de inferioridad absoluta en que se han visto obligadas a vivir, desde hace siglos, las mujeres, y que comienza hoy a variar. Me refiero a las condiciones de existencia no privilegiada a las que el hombre las ha reducido por la fuerza en todas las clases sociales. Me refiero a la humillación de haber sido tratadas por las leyes de los hombres, durante siglos, como menores de edad, como incapaces, como insanas a quienes se les niega responsabilidad verdadera.

Este problema, esta injusticia horrible han sido y son para mí realidades tremendas y candentes, como para usted las del proletariado. Las he sufrido en carne viva, como sufre usted la revolución española.

¿Cree usted que yo pueda estar con los que quieren prolongar, sustentar, reafirmar tales injusticias?

Quizá piense usted, José Bergamín, que nada tiene que ver esto con su carta, pero para mí tiene mucho que ver. Y ahora le diré a usted por qué.

Si no estuviera resuelta a disculpárselo todo, lo que menos le disculparía serían los párrafos de su carta en que hace alusión a «extrañas complacencias» que, según usted, me asemejan a «ciertas mujeres». Ese «ciertas», a quien naturalmente le crecen las comillas, ya sabemos lo que significa. Y bien; esas alusiones, esas comillas latentes, esa aparición del sexo en el momento en que quiere usted hacerme sentir su menosprecio son indignos de usted, José Bergamín.

Su deber de español auténtico y su deber para la causa que defiende nunca pudieron dictarle frases de esa índole. Por eso ni debo ni puedo tomarlas en cuenta.

Esta usted en lo cierto, tengo una gran responsabilidad moral; no tanto por lo que usted subraya—por la dirección de mi revista—sino por el hecho de ser yo una mujer que se sabe, se siente y se quiere responsable de sus actos, de sus palabras.

A mi manera de mujer he leído su carta y a mi manera de mujer la contesto.

Puedo asegurarle que he sufrido por mis convicciones y que estoy dispuesta a seguir sufriendo por ellas. De muchos modos. Y a mi manera de mujer responsable. Podré equivocarme como nos equivocamos todos. Pero nunca por frivolidad o «snobismo». Mis defectos van en otro sentido.

Yo creo que usted achica las cosas al decir que luchar con el pueblo español, por su libertad e independencia es quedarse en España. Yo diría más bien que es salir de España al mundo, como no supieron hacerlo los conquistadores de América. Yo diría que es sentir que la fraternidad humana no debe conocer fronteras. Luchar con el pueblo español es luchar con todos los pueblos de la tierra o no es nada.

Así lo siento yo, desde mi América, que no por ser española deja de ser América y que lleva tantas razas mezcladas y unidas por fin en su sangre.

No me despido de usted en términos convencionales, porque me parece que están de más en cartas de esta especie.

Usted, José Bergamín, me envió su verdad; yo la mía.

Buenos Aires, 13 de mayo de 1937.

VICTORIA OCAMPO.